

**Acoplamientos sorprendentes
y vecindades armoniosas: documentos
olvidados de Jorge Carrera Andrade**

*Surprising links and harmonious neighborhoods:
forgotten documents of Jorge Carrera Andrade*

ÁLVARO ALEMÁN

Universidad San Francisco de Quito

DOI: <https://doi.org/10.32719/13900102.2016.39.2>

Fecha de recepción: 8 de octubre de 2015

Fecha de aceptación: 18 de diciembre de 2015



RESUMEN

Durante su primera estancia en Europa, Jorge Carrera Andrade (1903-1978), tal vez el poeta ecuatoriano de mayor renombre en el siglo XX, tradujo, para la editorial Cervantes de Barcelona, una pequeña novela de Boris Lavrenef (1891-1959) titulada *El séptimo camarada*. El presente ensayo examina las condiciones de producción de la traducción de Carrera Andrade, algunas características de la traducción y reflexiona sobre el lugar que esta obra ocupa dentro de su poética.

PALABRAS CLAVE: Ecuador, poetas, traducción, Boris Lavrenef, poética, traductores.

ABSTRACT

During his first stay in Europe, Jorge Carrera Andrade (1903-1978), perhaps the most renowned Ecuadorian poet of the 20th century, translated a small novel by Boris Lavrenef (1891-1959) titled *El séptimo camarada* for the Cervantes publishing house in Barcelona. This essay examines the production conditions of Carrera Andrade's translation, some characteristics of the translation and reflects on the place that this work occupies within his poetics.

KEYWORDS: Ecuador, poets, translation, Boris Lavrenef, poetics, translators.

CARRERA ANDRADE HA sido para mí, durante mucho tiempo, una figura ineludible, necesaria y al mismo tiempo, enigmática. Su talla continental y planetaria como poeta, sin embargo, tiende a subordinar su enorme producción textual, realizada durante décadas y sobre diversos y variados escenarios. Carrera Andrade fue un polígrafo ecuatoriano, ofició como ensayista, crítico literario, reseñista, historiador, biógrafo, diplomático, cronista, editor, hasta músico si uno considera su participación en la creación de *Vasija de barro* junto con otros poetas y escritores en la casa de Oswaldo Guayasamín allá por 1950, a lo que podemos añadir su fecunda labor como editorialista, y traductor. Su obra poética ha sido objeto de variados e importantes estudios entre los que se destaca la labor sistemática y apreciable de su más asiduo y lúcido comentarista, el Dr. Enrique Ojeda. Su larga trayectoria intelectual, que abarca lenguas, continentes y décadas apenas ha sido asumida por la crítica y su producción en prosa casi no ha recibido atención.

Sin lugar a dudas, una de las tareas fundamentales de los estudios de Carrera Andrade en este siglo deberá ser la de buscar la integración de su variada producción intelectual. ¿Cuál es la incidencia, por ejemplo, de su labor diplomática, sobre su obra poética?, ¿cómo opera su producción historiográfica en la elaboración de su cambiante representación del Ecuador? ¿Cuál es la relación entre su poética y la selección y traducción de poetas

franceses que le ocupó cerca de cuatro lustros? ¿Cuál fue su impacto en la construcción de un canon literario en el Ecuador? Estas preguntas y muchas otras marcan un notable y al mismo tiempo entusiasta espacio abierto para el despliegue y crecimiento de nuevos acercamientos críticos a la vasta obra de Jorge Carrera Andrade.

Mi propósito de hoy, bajo el espíritu de los nuevos descubrimientos y placeres que la obra de Carrera Andrade aún nos depara, consistirá en ofrecer algunas noticias y observaciones sobre una serie de documentos importantes que Carrera Andrade elaboró aproximadamente entre los años 1929 y 1931, durante su permanencia en Barcelona, España, en los años previos a la República y a la Guerra Civil.

Se trata fundamentalmente de la traducción de dos novelas, que le fueron encomendadas por Victor Clavel, director de la editorial Cervantes, para una nueva colección, llamada Universo, que inicia con la traducción de la novela *El séptimo camarada*,¹ subtitulada *novela de la Rusia bolchevique*. Victor Clavel es una figura importante en la difusión de la literatura americana en España. Funda Cervantes en 1916 y se convierte en uno de los ejes del Arielismo, su difusión de la obra de Rodó en España es crítica a la vez que su labor editorial es expansiva; publica textos de múltiples rincones del mundo y traduce o encarga la traducción de obras que van desde el francés hasta el mismo hindú. Al mismo tiempo, Clavel es un simpatizante del fascismo habiendo él mismo publicado en los años 20 un libro introductorio al fascismo de Mussolini en que hace una exégesis del mismo.² Sea cual fuera la naturaleza de su relación con Jorge Carrera Andrade, lo cierto es que la obra que le asigna, y que Carrera Andrade dice haber “portado desde Francia” (un asunto enigmático en sí porque la obra no consta en la BNP)³ se publica, a mi parecer, como un texto dispuesto a hacer una advertencia.

-
1. Boris Lavrenef, *El séptimo camarada: novela de la Rusia bolchevique*, trad. Jorge Carrera Andrade (Barcelona: Editorial Cervantes, 1930).
 2. Vicente Clavel, *El Fascismo: ideario de Benito Mussolini* (Barcelona: Editorial Cervantes, 1923).
 3. La obra no consta en la Bibliotheque Nationale de Francia en París, salvo por una edición de 1950. Es posible que lo que Carrera Andrade manejaba era una edición rusa, traducida al francés directamente, como solía ser el caso de la política cultural soviética de los años 30. En cualquier caso, no hemos podido encontrar una edición de la novela en francés, previo al año 1950.

Mussolini y Lenin son las dos personalidades descollantes de las nuevas tendencias políticas y sociales creadas por el destructor cataclismo guerrero, y ambas son sus símbolos opuestos: Mussolini representa la resurrección gloriosa de una nación juvenil y entusiasta; Lenin es la triste mueca de un pueblo que muere en la miseria; agotada su virilidad y extinguida su fe; Mussolini es la nación que empieza a ser más considerada; Lenin es la tierra funeraria, a la que van unos hombres compasivos a llevar un poco de pan, un poco más de vida al moribundo.

No olvidemos, de antemano, el poema que lanza a Jorge Carrera Andrade a la fama, “Lenin ha muerto” y que lo pone firmemente rumbo a Europa como representante socialista al V Congreso Internacional a celebrarse en Moscú. El hecho es que, en manos de Clavel, el libro que Carrera Andrade había sido contratado para traducir debía cumplir un rol importante: servir como *caveat* ante la posibilidad del socialismo. Podemos observar aquello en la portada de la edición, asignada a su vez al gran ilustrador catalán Víctor Aguado. Lo que vemos expuesto ante nosotros es el fresco del efecto aplanador de la Revolución de octubre, la gran maquinaria (¿posiblemente con matices futuristas?) de la revolución que barre las masas humanas ante su implacable, violento e inhumano paso. Las expresiones de los individuos que sufren su conversión en obstáculos ante el progreso soviético, con Adamov a la cabeza, el protagonista de la novela, cuentan de por sí su historia de dolor, desplazamiento y *pathos*. La novela en sí ratifica en parte esta visión, leída hoy en día, a casi un siglo desde los sucesos de octubre; sorprende ver esta representación crítica de los excesos del proceso revolucionario, filtrados por medio de la voz anómica y ponderada de su narrador principal, el barbudo Adamov. Clavel parece también haberse tomado la libertad de incidir en el título de la novela en su encarnación española; su propuesta es *El séptimo camarada* en oposición a la traducción literal de *Sedmoy Sputnik*, literalmente “El séptimo satélite” que es, de hecho, la traducción que lleva la obra al francés, al inglés y al italiano, entre las que he podido encontrar. La modificación seguramente responde a la necesidad de gesticular de inmediato a la condición *soviética* de la obra, al grado de separación de esta de la producción bibliográfica española.

El autor de la novela es Boris Lavrenf. En su autobiografía, *El volcán y el colibrí*,⁴ Carrera Andrade apenas hace mención del asunto, sim-

4. Jorge Carrera Andrade, *El volcán y el colibrí* (Puebla: Editorial José M. Cajica Jr., 1970).

plemente anota que hizo la traducción de una edición francesa que tenía en su poder y que la obra se publica en 1930. Más noticias aparecen en la solapa de *Latitudes*,⁵ un libro publicado en Ecuador en 1934 y que recoge algunas de las *Cartas al Ecuador* del poeta, junto con impresiones de su estadía europea de finales de los años 20. En ese libro, en que se listan las obras de Carrera Andrade (hasta entonces apenas un par de poemarios) aparece una mención de su labor como traductor. Se menciona la edición en Barcelona de *El séptimo camarada* y junto con esta la traducción de una segunda novela, esta vez del escritor francés Eugene Dabit, *Hotel del Norte*.⁶ De esta mención no consta sello editorial ni fecha de impresión, aunque recibimos confirmación de este trabajo por parte de Enrique Ojeda, que entrevistó al poeta en persona y que ratificó el dato. Aparentemente, Carrera Andrade tradujo la novela pero esta nunca llegó a imprenta, presumiblemente por asuntos vinculados a la guerra civil española. La primera edición en castellano de la enormemente popular novela de Dabit aparece impresa en 1944, traducida en Buenos Aires por Martín Rivas, un pseudónimo que evoca la gran novela realista chilena del siglo XIX, de autoría de Alberto Blest Gana. Resulta interesante que ambas novelas traducidas por Jorge Carrera Andrade fueron eventualmente llevadas al cine: la novela de Dabit, en 1938 por Marcel Carné de la llamada escuela de realismo poético del cine francés; la de Lavrenéf, en 1967 por Alexei German. Esta última, dicho sea de paso, se puede ver en línea.

Ambas novelas comparten ciertas características: las dos son novelas de izquierdas, la una sobre la Revolución de octubre y sus secuelas, la otra, un recuento y ejemplo de la novela proletaria francesa en que se registran viñetas de la vida de obreros alojados temporalmente en un hotel popular. Ambos textos se sitúan con fuerza dentro del realismo y ambos también, aunque con cierta sutileza, denuncian la experiencia vivida y toman partida a favor de un régimen político y económico nuevo.

Recordemos que Carrera Andrade participa de la fundación del Partido Socialista ecuatoriano a mediados de la década de los 20 en el Ecuador, que escribe y recita en público con frecuencia dos textos inusitados e incómodos en su canon tardío, “Canto a Rusia”, también titulado

5. Jorge Carrera Andrade, *Latitudes (Hombres, viajes, lecturas)* (Quito: Editorial Elan, 1933).

6. Eugene Dabit, *Hotel del Norte*, trad. Martín Rivas (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1944).

“La noche de la estepa” y “Lenin ha muerto”. Es nombrado secretario general del partido y, auspiciado por el mismo, viaja a la URSS al congreso de la internacional socialista. Carrera Andrade inicia su estadía en Europa a través de Berlín, viaja a París y posteriormente a España. Este primer viaje está marcado por la ausencia de recursos y por la constante lucha por la supervivencia, en plena crisis económica y política europea. Carrera Andrade, amparado por algunos amigos y contactos ecuatorianos y otros que le son recomendados en el mundo de las letras hispanoamericanas, desem-boca en Barcelona en 1929 y asume así, como trabajo y como medio de subsistencia, la traducción literaria.

Boris Lavrenef, escrito a veces Levrenev o Lavrenyov, es el nombre de pluma de Boris Andreyevich Sergeyev, nacido el 5 de julio de 1891 en Kherson y muerto en Moscú en 1959. Lavrenef fue hijo de un maestro de literatura, se educó en la escuela de jurisprudencia de la Universidad de Moscú y se inició escribiendo versos junto a un grupo de moscovitas futuristas llamado el colectivo mezonin, un mezanine de poesía. Lucha en la Primera Guerra Mundial con el ejército zarista y luego en la Revolución de octubre con los rojos. Trabajó como corresponsal de guerra y, a partir de 1924, la publicación, primero de sus relatos y luego de sus novelas, lo lleva a la fama. Lavrenef es un escritor interesante, ocupado de una visión del conflicto histórico que celebra el heroísmo cotidiano en lugar de que aquel de los grandes acontecimientos. Un escritor sensible al dolor y al trauma de la guerra que, pese a su inserción ideológica a favor de los bolcheviques, no ahorra expresividad o empatía a favor de todos los combatientes.

La novela trata de un antiguo catedrático de Derecho Militar que durante la Primera Guerra Mundial ha tenido el rango de general. Tras la revolución es hecho prisionero junto con otros altos oficiales zaristas y luego puesto en libertad porque en 1905 se negó a procesar algunos soldados que en el presente ejercen poder político. Entonces vaga por Petrogrado sin saber qué hacer, su piso ha sido requisado, tampoco sus antiguos amigos están dispuestos a ayudarlo. Finalmente, se dirige a sus antiguos vigilantes bolcheviques que le habían tratado como persona y se une al Ejército Rojo. El texto es fundamentalmente una exploración de la anomia, la alienación ante el nuevo orden social resultante de la revolución, que recubre al protagonista Adamov y lo envuelve en un océano de incertidumbre y de inestabilidad identitaria. La obra fue llevada al cine en 1967, al igual que otros libros de Lavrenef, en una de las mejores muestras

del cine soviético de su momento. De hecho, la película se plantea como un antecedente importante para *Memorias del subdesarrollo* de Tomás Gutiérrez Alea, una de las obras más importantes del cine latinoamericano de todos los tiempos.

Transcribo a continuación dos fragmentos de la traducción de Carrera Andrade:

Estaba sombría y pelada. Pasaba por la escarlatina revolucionaria. La pelusa seca y contagiosa se desprendía de su cuerpo de tierra. Silbante y ruidosa se lanzaba sobre las aceras, azotada por los ímpetus del viento mojado que venía del mar. Se desprendía de todos lados en capas espesas. Caía de las bocas de los viandantes, de los muros, en forma de escombros de cal y de yeso, y de los anuncios cuadrados de color deslumbrante y con letras doradas.

La calle se desnudaba de día en día con un cinismo flojo y sin alma. Y hasta las gentes eran parecidas a esa pelusa marchita que despiden con el viento las moradas por donde ha pasado la enfermedad (9-10).

Contrastemos la traducción de Carrera Andrade, con otra –mía–tomada de la edición en francés de 1950,⁷ de forma mucho más literal:

Toda la calle se descascaraba, experimentaba fiebre escarlata revolucionaria. Desde su cuerpo de ladrillos, la piel seca e infectada se desprendía y rizaba con un siseo y susurro en el pavimento, azotado por una ráfaga de viento proveniente del mar. Se desprendía de todo lado. Del labio caído del vagabundo caía como cáscara masticada de girasol, de las paredes, como pequeños cuadrados de pintura rota y copos delicados de hojas de oro. La calle se desnudaba día a día con una indiferencia descuidada y cínica. Hasta las personas eran como las escamas inútiles que las casas escarlatas habían tirado fuera, hacia el viento mojado (11-2).

Un segundo ejemplo

El tiempo giraba sin descanso por encima de la ciudad, envuelto en los pliegues del viento venido del mar, destruyendo las creaciones del hombre y de la naturaleza, por simple divertimento. Con su inmensa mano invisible, rompía los vidrios en las casas, desgarraba las cortinas y rajaba las puertas, lamía los ángulos de los inmuebles, levantaba la argamasa, reventaba los abscesos hinchados de los ladrillos; inflaba y rajaba el asfalto de las ace-

7. Boris Lavrenef, "Le septieme satellite", en *Le Quarante et unième*, trad. V. Joukov (Moscú: Editions en Langue Etrangère, 1950).

ras socavadas, despegaba las losas y se arrastraba por los agujeros que había cavado, gruñendo como un cerdo; mordía con fieros dientes los muelles, los fragmentos de piedra tallada; arrancaba las astas de las banderas que había sobre los palacios, quitaba de los techos podridos las tejas de palastro herrumbroso y avivaba los incendios de cabellos de oro alrededor de las estufas calentadas con exceso.

A veces, fatigado por su trabajo, el mal tiempo se tumbaba sobre la ciudad, debajo de las nubes bajas y grises, con el vientre al aire. Soplaba y parecía sorprenderse de la tenacidad de la vida, a la que le era imposible aniquilar (149-50).

Contrastemos

El tiempo corría agitado sobre la ciudad, corriendo contra el viento del mar y entreteniéndose con la destrucción. Con una enorme mano invisible rompía el vidrio de las ventanas, hacía añicos de marcos y puertas, desmenuzaba las esquinas de las casas, levantaba con violencia las faldas de yeso para poner a la vista las llagas de ladrillo inflamado que se encontraban por debajo. Torcía y rajaba el asfalto del pavimento hundido, rasgaba los adoquines de madera y piedra de los caminos y se revolcaba, gruñendo como un cerdo, en los grandes baches abiertos. Mordía y sacaba pedazos del azúcar de granito del terraplén, agarraba las astas de los pabellones de los palacios, arrancaba y crispaba las planchas de acero herrumbradas, junto con el viento, abanicaba fuegos de cabello dorado de las pequeñas estufas improvisadas y sobrecalentadas.

A veces, agotado de esta actividad enajenada, el tiempo se tendía a lo largo sobre sus espaldas en las nubes grises y cercanas y, resoplando y jadeando, se maravillaba de la tenacidad de la vida (159).

La traducción de Carrera Andrade es sintética, compacta, interesada en sostener la expresividad maravillosa de la prosa de Lavrenf más que por marcar una fidelidad ritualística ante el documento. Tal vez sea posible pensar en la obra poética de Carrera Andrade de una manera similar, como aquella de una poesía de las equivalencias, de los traslados. Tal vez sea arriesgar demasiado el postular que Carrera Andrade asume, de su contacto con la literatura “de izquierdas” una cierta orientación que valora la “objetividad” que reclamó una vez el naturalismo y de la que después se apropió el llamado populismo literario de Dabit. Si esto es así, si Jorge Carrera Andrade quiso establecer una actitud mimética con la realidad retratada, sería tal vez posible pensar en su poesía (que ya acunaba esa tendencia) como un ejercicio permanente y cuidadoso de metáforas dise-

ñadas para “traducir” el mundo exterior a un lenguaje descentrado pero, paradójicamente exacto.

El título de la novela es, como ya se ha dicho, *El séptimo camarada: novela de la Rusia bolchevique*. El título se desprende del siguiente momento en la novela: Adamov ha sido capturado por los blancos, después de haberse enrolado voluntariamente con los rojos para servir en sus filas. Cuando es interrogado por un burócrata, este automáticamente asume que su condición de miembro privilegiado del régimen zarista al que una vez sirvió lo califica para que nuevamente cambie de lealtad. Adamov se niega:

—Usted no me comprendería —dijo con desprecio. —No podría comprender... “Cuando un cuerpo inmenso atraviesa los espacios cósmicos, los pequeños cuerpos son atraídos a su órbita contra su propia voluntad. Así surgió, venido no se sabe de dónde, un Séptimo Camarada...”. ¿Qué le importa? Usted no comprendería nada. Inútil explicárselo —dijo al fin, rojo de furor contra aquel oficialito que, estupefacto, hacía girar los ojos como una muñeca mecánica.

El teniente se levantó y dijo silbando ligeramente:

—Ya hemos oído otras veces ese cuento. Conocemos ya el truco de simular la locura.⁸

Quisiera terminar sugiriendo la condición de la obra poética de Jorge Carrera Andrade como la de un séptimo satélite, atraído por el cuerpo enorme de la revolución. Al igual que Adamov, Carrea Andrade no encuentra el norte y deambula por el planeta desorientado por su experiencia y decidido a darle sentido, a nombrarla, a volverla legible para otros satélites circundantes y para sí mismo; su permanente y a la vez distante ocupación de un espacio siempre periférico a lo local, siempre abordando el planeta en abstracto.

Desde el famoso texto de Engels “Socialismo: utópico y científico”, el marxismo se entiende como la negación de la subjetividad a nombre de una “objetividad” capaz de otorgar sentido a la lucha individual puesto que esta se apoya sobre el movimiento “objetivo” de la historia hacia la transformación social y la justicia. Esta visión, que domina el desarrollo del marxismo clásico durante sus primeras fases, subordina la subjetividad, y por ende, la lucha individual, a una sala de espera de la historia, un lugar

8. Boris Lavrenef, *El séptimo camarada*, 199.

en que uno puede cómodamente, esperar la llegada inevitable de la revolución mientras lee un libro de poesía.

La gran atracción del marxismo ortodoxo sigue siendo su simpleza. Ofreció en su momento, y sigue ofreciendo, una respuesta al dilema revolucionario: el contorno de una solución garantizada, la llegada de la justicia es inevitable, no hay sino que esperar. Esta versión de los hechos, filtrada ostensiblemente a Jorge Carrera Andrade por medio de sus lecturas y militancia de los años 20 junto con su labor de traductor (de varios de los surrealistas, socialistas por sus propios medios) explica mucho de la actitud de hostilidad del poeta hacia aquellos que llamaba “corifeos de la desrealización” (autores varios que incluyen desde los simbolistas hasta los surrealistas más visibles de mediados del siglo pasado). Los inicios de la actividad intelectual de Jorge Carrera Andrade desde sus primeros pasos en las letras, se ven marcados por la revolución, o por la necesidad de implementarla, o por la inminencia de su llegada, o por lo menos por su necesidad ideológica como barricada contra el aburguesamiento artístico. Carrera Andrade, como muchos intelectuales ecuatorianos, experimenta un giro ideológico profundo en los años 50, curiosamente, aquellos años en que su inserción diplomática muestra un ascenso. Carrera Andrade, sin embargo, dice no renegar de su orientación humanista y radical; lo que se modifica en su poética, es la transformación de un ideario socialista (ambigua pero fuertemente anclada en la idea de una reforma agraria) por otro, “planetario” en que la revolución se difiere y se transforma en la llegada “de la justicia”.

En cuanto a la poesía propiamente, de Jorge Carrera Andrade, no queda tiempo para ensayar una aproximación más concreta a la manera en que su poética se configura de cerca con su cambiante posición política. Ciertamente el reclamo de “realismo” nunca está lejos de sus proclamaciones y razones poéticas, resulta interesante observar una coincidencia importante entre sus ideas en este sentido y aquellas gestionadas por Lukacs, en particular, desde fines de los veinte en adelante. La defensa de Lukacs del realismo decimonónico de Balzac y de Tolstoi en oposición a la vanguardia experimentalista del siglo XX guarda curiosos puntos de contacto con la poética de Carrera Andrade, al igual que coincidencias con la agenda artísticamente conservadora de Ortega y Gasset en su *La deshumanización del arte*. La búsqueda de una poesía “social” y a la vez retóricamente deslumbrante, aunque concisa, sería así, y esto hay que demostrarlo, el

corolario de un itinerario diplomático ideológicamente neutro (salvo en el tema territorial) y a la vez informado por el brillo personal del poeta.

Durante el tiempo que traducía a Lavrenef, Carrera Andrade escribía, a propósito de un libro de Jaime Torres Bodet, que en este autor “Las palabras se han unido por primera vez en acoplamientos sorprendentes y otras se han embellecido por vecindades armoniosas”. La confluencia de los distintos lenguajes de Jorge Carrera Andrade, desde el poético hasta el de la traducción, posiblemente pueda ayudarnos a entender su producción intelectual como un lugar, en su propia obra, para la observación de acoplamientos sorprendentes y de vecindades armoniosas. *

Bibliografía

- Carrera Andrade, Jorge. *El volcán y el colibrí*. Puebla: Editorial José M. Cajica Jr., 1970.
- . *Latitudes (Hombres, viajes, lecturas)*. Quito: Editorial Elan, 1933.
- Clavel, Vicente. *El Fascismo: ideario de Benito Mussolini*. Barcelona: Editorial Cervantes, 1923.
- Dabit, Eugene. *Hotel del Norte*. Traducido por Martín Rivas. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1944.
- Lavrenef, Boris. *El séptimo camarada: novela de la Rusia bolchevique*. Traducido por Jorge Carrera Andrade. Barcelona: Editorial Cervantes, 1930.
- . “Le septieme satellite”. En *Le Quarante et unième*. Traducido por V. Joukov. Moscú: Editions en Langue Etrangère, 1950.
- . “The seventh satellite”. En *The Forty First*. Traducido por Margaret Wettlin y Naomi Jochel. Moscow: Foreign Languages Publishing House, 1958.